

Cultura

Contra el silencio oficial

► Villaescusa y Villacañas presentan sendos libros recopilatorios de sus columnas de opinión publicadas en Levante-EMV

MARIA TOMÀS VALENCIA

■ Escribir para despejar horizontes; no como un divertimento, más bien como una tarea, casi un «deber», para dotar de espíritu crítico individual a la opinión pública. Así definen el ejercicio de columnismo, que llevan a cabo en las páginas de este periódico, José Vicente Villaescusa y José Luis Villacañas. Una vocación del pensamiento que, desde la experiencia, permita vincular el concepto y el afecto. Un jugar con las palabras para describir las realidades contemporáneas en el periódico del día, en la búsqueda de un «avance evolutivo» con el que reaccionar al cambio profundo (y al descrédito de tantas instituciones políticas, institucionales, de colectividad...) al que se enfrenta la sociedad actual, en una crisis sin precedentes en la democracia española. Algo así como decir: el que canta (o escribe) su mal espanta.

Dos hombres ilustrados, Villaescusa, valenciano de Mislata, licenciado en Historia; Villacañas, andaluz de Úbeda, catedrático de Filosofía, que no solo coincidieron por apellido y edad (1955), pupitre con pupitre, en el Instituto Lluís Vives de Valencia. También, con militancia o no, en un pasado de extrema izquierda durante el franquismo, que por azares del destino les llevó, también a ambos, y en tiempos también pretéritos, a ocupar puestos de responsabilidad en la Generalitat Valenciana. Villaescusa, como director de contenidos de la Ciudad de las Artes y las Ciencias; director general de RTVV desde 1996 hasta 2004, y comisionado del Centre del Carme de Valencia. Villacañas, como director general del Libro, Archivos y Bibliotecas entre 1999 y 2003.



José Vicente Villaescusa y José Luis Villacañas. JOSÉ ALEXANDRE

Experiencias ambas, que «conforman el sustrato biográfico sobre el que uno trabaja para conformar lo que es ser columnista, que es un género literario como otro cualquiera», señala Villaescusa.

Coincidencias, amistad, en realidad, que también siguen hoy desafiando el número par, porque hoy, viernes, ambos presentan sendos libros recopilatorios de sus columnas de opinión publicadas en Levante-EMV durante dos años, desde 2010 hasta 2012. Una tarea que consideran un «privilegio, por la posibilidad de ofrecer un conjunto de impresiones discontinuas, semanales, que conforman un relato», y en la que hoy resisten, entre otras cosas, «porque la democracia está en la resistencia».

Villacañas publica *Actualidades, Cardiograma de la crisis*, título del libro (y de la columna que publica cada martes). Villaescusa, *Gente de a pie* (los jueves), ambos editados en Kyrios dentro de la colección *Libros del marrano*, cuyo logo ha sido extraído de la pintura *Auto de Fe presidido por Santo Domingo de Guzmán*, de Pedro Berruguete. Dos libros que se presentan esta tarde (19.30 h) en la librería Leo de Valencia. El de Villacañas, «una recopilación que pretende dar testimonio de la evolución política de España en los últimos años y registrar el clima social y cultural que ha llegado a ser general». El de Villaescusa, «una combinación de literatura, arte y vida, que ensaya la búsqueda de un argumento, una sensa-

ción, una impresión que consiga rescatar un detalle del mundo de la vida de su inerte temporalidad».

«La columna periodística no es el lugar para la teoría, sino para apreciar el pulso de los días», afirma Villacañas. «Una buena columna puede tener unos gramos de sal conceptual, pero como pensaba Ortega, son conceptos atravesados por la flecha sangrante del presente [...], pero no identificados con el sentimiento dominante de la indignación, sino desde la conciencia cívica». En su opinión, «la crisis ha venido en nuestra ayuda»; «los poderosos se comportan más como señores políticos, dueños del presupuesto, que como servidores públicos; no hablan como representantes del pueblo, sino como propietarios del cargo entendido como prebenda». Una situación que, en sus palabras, debe derivar en coraje y lucha.

O, como decía Villaescusa citando al filósofo Lars Iyer: «Uno escribe para ser el desubicado, ni proletariado ni burgués, es decir, para los amigos de uno, y menos para los amigos que uno tiene que para las innumerables personas desconocidas que llevan la misma vida que nosotros, aquellas que de manera general y aproximada entienden las mismas cosas, son capaces de aceptar o se ven obligadas a rechazar lo mismo, y que se encuentran en idéntico estado de impotencia y silencio oficial». Palabras extraídas del debut de Lars Iyer en *Magma* (Pálido fuego, 2013), la historia de alguien muy parecido a sí mismo junto a su amigo «ligera-mente más exitoso» y los viajes de ambos en busca de conferencias literarias «acceptables» donde se sirva la mejor ginebra.

MÚSICA CRÍTICA

MOZART SIN CHISPA

Alfredo Brotons Muñoz
VALENCIA

Homenaje a Mozart
PALAU DE LES ARTS

► Int: Omer Meir Wellber (piano) y Orquesta de la Comunitat Valenciana.
Director: Omer Meir Wellber. Obras de Mozart. 13 de marzo.

Comenzar un programa con la «primera» sinfonía de Mozart y cerrarlo con su «última» constituye toda una declaración de intenciones: el alfa y la omega de quien en sí encierra el alfa y la omega de la música. Lo malo fue que luego no se oyó tanta letra y sí menos espíritu aún de lo esperado.

La *K. 16* no nos diría mucho si desconocieramos la identidad del niño de ocho años que la compuso. Requiere, sin embargo, de sus intérpretes una sensibilidad ya plenamente mozartiana y esta vez ausente para, por ejemplo, dar el relieve a todas luces oportuno a las corcheas ascendentes que llevan al segundo tema del *Molto allegro* inicial.

El *Concierto para piano nº 12* ya es obra del autor más grande, y en ese sentido también decepcionó. De entrada, la exposición orquestal del primer movimiento tuvo un muy inconveniente punto de urgencia que la privó de vuelo discursivo. Como solista, Wellber aportó una tímbrica plana que aumentó la sensación, endémica en la sala superior, de tener a la orquesta en una habitación contigua y al piano en una tercera. En el *Andante* central pasó a primer plano una confusión que por lo demás nunca faltó entre el rubato y la inconstancia del tempo; muy acusadamente en las cadencias. Del final sonó particularmente sosa, sin chispa, la segunda sección, pero este juicio no habría de limitarse a tal pasaje.

La *Júpiter* ya arrancó viciada: el primer compás a una velocidad, los tres siguientes mucho más lentos y con efecto calderón por cuenta de la batuta. El *Andante*, con el compás subdividido, fue más bien *Adagio*; fúnebre en lugar de *cantabile*. En sus compases 60 y siguientes, los violines parecieron sonar desde los camerinos. La ralentización del remate del trío del *Minueto* abundó en un defecto ya comentado. La velocidad a la que se llevó el *Molto allegro* final seguramente se habría podido aprovechar mejor de haberse marcado a uno en lugar de a dos, pero sobre todo si la escansión de los acentos se hubiese administrado con menos brusquedad, no convirtiendo los *sforzandi* en simples aumentos de la fuerza.

Tribuna

G. García-Alcalde

UN GENIO QUE NO QUISO LA FAMA

Recuerdo a Cervera en el podio sinfónico, riguroso y vigilante sin merma del gesto expansivo que certificaba un temperamento sin complejos. Y le recuerdo en la conversación, siempre dado al optimismo y la risa pero cambiante y versátil, iracundo a veces contra la estrechez mental y el *tedium professionis* de algunos colegas y muchos gestores. Fue uno de los grandes de su generación, el mejor en algunas facetas. Durante su etapa, bastante breve, como director general de música en Karlsruhe, me confesaba el punto de desesperación que estos cargos infunden en los verdaderos artistas. Salía de casa hacia el teatro sin recordar qué ópera le tocaba dirigir, agobiado por la falta de aventura de los teatros de repertorio,

que rotan a diario un puñado de títulos programados para toda la temporada. Ya en el foso, recobraba el pulso, la presión vocacional, el placer de entregar buena música, pero pocas horas después volvía la turbia insatisfacción de la rutina. En Alemania han hecho prestigioso el perfil del *kapellmeister* que hoy dirige ópera, mañana oratorio y pasado sinfonía, para repetir el ciclo indefinidamente. Todo lo hace bien a un determinado nivel de suficiencia, pero sin riesgo ni ambición creativa, sin ganas de alumbrar el «je ne sais quoi» diferenciador de cada una de las interpretaciones del mismo texto.

Aquello no iba con José María. Se alteraba contándolo en las sobremesas compartidas con ocasión de sus conciertos en las Palmas de Gran Canaria. Menri, la esposa, le seguía lealmente y ratificaba sus juicios con serenidad, pero ya presentía la resistencia del esposo a la gran carrera internacional que parecía hecha a su medida, tras frecuentar en plena juventud los podios más exclusivos de Europa. Cuando construyeron su casa de Picassent y empezó él a recibir discípulos, se le hizo evidente una vocación pedagógica que acabó exclusivizando casi su tiempo y alejándole gradualmente de los teatros y auditorios. Cervera Collado fue desde entonces el maestro ideal, aquel que con una enorme experiencia de gran intérprete, siente el impulso de transmitirla. El José María Cervera Collado de los años de fama y aplauso internacionales

formó a directores jóvenes severamente seleccionados y transmutó en José Collado, batuta segura para la soprano Montserrat Caballé pero insensible a otros requerimientos.

Le reprochábamos los amigos de Las Palmas que en la cima de su inspiración y su oficio, se contentase con un rol de los considerados domésticos, que habitualmente hacen los directores jóvenes o de mediano talento. Reía él sonoramente y hablaba con entusiasmo del tiempo rescatado para enseñar, describiendo la felicidad que esto le reportaba. Los conciertos con la soprano, en cuyos programas siempre había partes sinfónicas, le servía para mantener en punta su admirable técnica y, naturalmente, aportar recursos a la economía familiar, no siempre seguros como contraprestación de sus generosas lecciones.

Buenísima persona, siempre cálido y entrañable a despecho de largas ausencias y silencios, este artista valenciano de profunda y refinada cultura, siempre abierto a la creación contemporánea y con dotes excepcionales para la dirección, hizo la carrera que él quería, no la que le estaba reservada, y vivió la música con la intensidad de sus convicciones, lejos del brillo que le correspondía por derecho propio. Se ha ido a una edad injusta y pienso en Menri. Le deseo que la riqueza de cuanto compartieron excluya de su vida la soledad y el vacío. La huella artística y afectiva del artista es mucho más extensa y profunda que su fama mundana.